

JESÚS VICENTE AGUIRRE GONZÁLEZ

## Escíbeme a la tierra

Las cartas de los que van a morir  
La Rioja 1936

Prólogo

CARLOS GIL ANDRÉS

Epílogo

FÉLIX CAPEROS ELOSÚA

*Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme a la tierra  
que yo te escribiré.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

# ÍNDICE

Prólogo. Carlos Gil Andrés		11
Introducción. Jesús Vicente Aguirre González		19
<b>1/ Desde la cárcel, antes de morir</b>		<b>31</b>
Abizanda Armendáriz, Eugenio	Calahorra	33
Antón García, Braulio	Rodezno	39
Arenzana Remón, Aquilino	Calahorra	43
Arnáez Ochoa, Nicolás	Villamediana de Iregua	47
Asensio García, Félix	Fuenmayor	55
Azcarate Gómez, Gumersindo	Ezcaray	61
Berrozpe Zúñiga, Cipriano	Haro	69
Calderón García, Teodoro	Nájera	73
Cantabrana, Claudio; López-Molina, Félix y Ruiz-Olalla, Narciso	Treviana	77
Caperos Aragón, Miguel	Casalarreina	83
Civil Ferrer, Pablo	Alfaro	95
Díaz Sáenz, Florencio	Villamediana de Iregua	101
Fernández Iradier, Víctor	Ábalos	105
Grávalos Calvo, Felipe	Cervera del Río Alhama	109
Herce Cabredo, Alberto	Logroño	115
Hervías Treviño, Román	Nájera	119
Ibáñez Maiso, Juan	Nájera	125
Izagirre Vicandi, Gregorio	Logroño	131
Ladrón Jiménez, Tomás	Logroño	139
Lasanta Pascual, Cándido	Villamediana de Iregua	147
Ledesma Castro, Eleuterio	San Asensio	157

León Matute, Emiliano	Aldeanueva de Ebro	163
Marcos Baños, Ángel	Badarán	167
Marín Diago, Rufino	Muro de Aguas	173
Martínez Martínez, Gaspar	San Román de Cameros	179
Mateo Gumiel, Félix	Alcanadre	185
Mayor Pérez, José	Alfaro	189
Moraga Zurrientes, Pascual	Uruñuela	201
Ozcoz Angulo, José Antonio	Alfaro	205
Pangua Uriarte, Santos	Ábalos	209
Perales Fragua, Ángel	Alfaro	213
Pérez Pellejero, Emilio y Vicente	Calahorra	217
Rivas Ladrón, Ángel	Alfaro	231
Sota Rubio, Luis	Aldeanueva de Ebro	235
Urbina Garnica, Prudencio	Nájera	239
Zapatero Rubio, José Mateo	Alfaro	245

## **2/ Cartas solicitando clemencia** **248**

Francisco Díez Castillo pide clemencia para José Díez Ruiz-Olalla	Treviana	251
C. M. L. pide clemencia para Emilio Francés Ortiz De Elguea	Logroño	257
Felicísimo Ruiz Núñez pide clemencia para José Luis Jorge Jorge	Ojacastro	265
Desde la CEDA se pide información sobre Victoriano Rodrigo Gallejones	Calahorra	271
Epílogo. Félix Caperos		275
Bibliografía consultada		283

## PRÓLOGO

CARLOS GIL ANDRÉS

**D**icen que el papel lo soporta todo. Los términos de cualquier acuerdo, la letra pequeña de un contrato, el amor más apasionado, toda la alegría y la belleza que caben en este mundo y también la pena y el dolor que nos parecen incontables. La conciencia del final y, muchas veces, la esperanza de que no sea así. ¿Qué escribiríamos si supiéramos que nuestras palabras son las últimas? ¿Qué escribiríamos si tuviéramos que hacerlo dentro de una cárcel hacinada, conscientes de la censura, dominados por el miedo y la incertidumbre? ¿Qué escribiríamos al comienzo de una guerra que no entendemos, que no tiene límites ni frentes, que no se ve porque está dentro de cada pueblo, de cada calle? ¿Con qué pulso, con qué ánimo escribir en la luz escasa que precede al terror de la noche, cómplice y asesina? ¿Cómo contar lo que sentimos si solo conocemos unas cuantas frases hechas y las cuatro letras aprendidas en la escuela del pueblo?

Las cartas de este libro, tan íntimas y queridas para los familiares de las víctimas, nos llegan ya desde muy lejos. Han pasado más de ochenta años. Tres generaciones de españoles que no conocen, por fortuna, cómo se vive en medio de una guerra. Y ahora, además, casi nadie escribe cartas. Es difícil, para los más jóvenes, imaginarse una época en la que la correspondencia postal era el medio casi exclusivo de comunicación a distancia. Cuando no había teléfono, cuando Internet, el correo electrónico y las redes sociales no eran ni un sueño.

A lo largo de la historia, hasta el desarrollo del mundo contemporáneo, la capacidad de leer y de escribir estaba limitada a una minoría de la población. Un privilegio social, un signo de poder. En España, en los años treinta del siglo xx todavía uno de cada tres hombres y casi la mitad de las mujeres eran analfabetos. Y muchos de los que decían que sabían leer y escribir apenas podían entender

un texto sencillo, firmar con su nombre o rellenar un formulario. Pero las cosas estaban cambiando para la gente común, para «los de abajo». Nadie ignoraba que el primer paso para la emancipación social, para salir del lugar donde se había nacido, era la conquista de la escritura y la lectura. El futuro pasaba por la escuela.

Poco a poco, el proceso de escolarización se estaba extendiendo desde los nuevos barrios urbanos hasta los caminos de herradura del mundo rural. En muchas escuelas públicas era frecuente enseñar a escribir cartas como ejercicio práctico. La correspondencia escrita se multiplicó gracias a la revolución de los medios de transporte y a la implantación del sistema nacional de correos, cada vez más rápido y seguro. Hasta el pueblo más remoto llegaba un cartero y todo el mundo reconocía el valor de un sello postal.

La escritura epistolar popular fue el fruto de la necesidad. La consecuencia de los desplazamientos masivos de la población de los siglos XIX y XX. La emigración, el éxodo, el desarraigo, es el fenómeno que mejor define la Edad Contemporánea. Los emigrantes españoles enviaron millones de cartas a sus pueblos de origen desde las ciudades industriales o desde América, cruzando el Atlántico. Millones de cartas de los exiliados, que nunca faltaron en la conflictiva historia de España. Uno de ellos, Pedro Salinas, decía que las cartas ayudaban a seguir sintiendo el corazón del que ya no puede ver. Que eran «un entenderse sin oírse, un quererse sin tactos, un mirarse sin presencia». Millones de cartas, también, las enviadas por los soldados desplazados a los cuarteles a cumplir, quinta tras quinta, el servicio militar. O a combatir, con peor suerte, en las guerras coloniales. Cuántas cartas con el remite de Cuba o de Filipinas. Cuántas, durante dos largas décadas, enviadas desde Marruecos.

En las guerras del siglo XX todos los estados contendientes estaban muy preocupados por la eficacia de su servicio de correo de campaña. Era esencial para mantener alta la moral de los combatientes. Sabemos que durante la Primera Guerra Mundial el correo militar francés gestionaba más de cuatro millones de cartas diarias. Millones tuvieron que pasar, durante la Guerra Civil española, por las manos de los censores de los dos ejércitos enfrentados. Conservamos

pocas colecciones de cartas. En ellas encontramos ejemplos de ardor guerrero y convicción ideológica, de lucha y resistencia. Pero son los menos. No hay que olvidar que la mayoría de los combatientes eran reclutas forzosos. Abundan mucho más las cartas que hablan de la escasez de rancho o equipamiento, la fraternidad primaria de los soldados, la preocupación por la tierra y las cosechas, el cansancio del combate y las ganas de volver a casa. Reflejan las privaciones de una guerra de pobres. Muestran el rostro humano de la experiencia bélica. Las cartas eran el vínculo más estrecho entre el frente y la retaguardia, entre el tedio de las trincheras y el hogar añorado, entre la muerte y la vida. Cerca de doscientos mil hombres la perdieron en los campos de batalla. Podemos pensar que casi todos escribieron cartas sin saber que eran las últimas.

Pero en una guerra civil, como la que estalló en España en julio de 1936, el horror de la sangre derramada no estaba solo en la primera línea del frente. El golpe de Estado fue una cesura radical. Antes de que los campesinos fueran reclutados para ir a la guerra, la violencia extrema golpeaba las puertas de sus casas. La contienda española fue una guerra total, sin distinción entre los beligerantes y los no beligerantes, entre los soldados de uniforme y los paisanos desarmados, convertidos en enemigos deshumanizados al calor homicida de aquel verano. Una guerra sucia, a quemarropa, con una violencia extrema dirigida sobre todo contra los civiles. Un conflicto bárbaro y sanguinario, sin lugar para la compasión o la negociación, que exige a todo el mundo tomar partido. O con nosotros o contra nosotros. Afectos o desafectos. Una guerra intracomunitaria en la que los adversarios se conocían muy bien: muchos eran vecinos.

En la retaguardia republicana fueron asesinadas unas cincuenta mil personas. La violencia revolucionaria segó la vida de miles de clérigos, patronos, políticos de derechas, propietarios y notables rurales. En la zona franquista se produjeron al menos ciento treinta mil muertes violentas. Dos mil dentro de la antigua provincia de Logroño, el territorio común de las cartas de este libro. Los militares sublevados fueron los primeros responsables de una carnicería humana que quería eliminar de raíz la experiencia republicana, extirpar

## INTRODUCCIÓN

### LAS CARTAS DE LOS PRESOS QUE VAN A MORIR

JESÚS VICENTE AGUIRRE GONZÁLEZ

**D**espués de que Carlos Gil haya situado en un contexto más universal, en muchos conceptos, el tema que estamos tratando, quizá convenga también explicar aquí los orígenes de este trabajo. Podemos indicar de entrada que esta investigación cuelga en principio de un libro que publiqué en el año 2007: *Aquí nunca pasó nada*. Por su acogida y repercusión social, en La Rioja especialmente, resultó un libro útil, además de grande. Y pesado (las primeras ediciones con las cubiertas en tapa dura casi llegaban a los tres kilos). Aquellas mil páginas encerraban la historia de dos mil nombres con apellidos, mirada y zapatillas. Asesinados en su mayor parte con nocturnidad y alevosía. Fusilados, o muertos el resto, en cárceles o en hospitales.

Pasábamos revista, además y pueblo a pueblo, al período que confluía en la Segunda República para centrarnos en sus logros y problemas y acabar naufragando en las noches de sacas y asesinatos que Caín y sus acólitos (muchos en La Rioja) protagonizaron al amparo de la sublevación militar que en estos parajes dirigió, pistola sobre fusil, además del general Emilio Mola, como gran director de la represión (que ya anunció que debía ser en extremo violenta), el gobernador Emilio Bellod, carnicero necesario para llevar a la práctica las órdenes de aquél y llenar de cadáveres cunetas y cementerios en toda La Rioja.

Además de todo eso, que no es poco, en *Aquí nunca pasó nada* se apuntaban otros temas. Repasábamos, por ejemplo, las listas de alcaldes y concejales asesinados, entre otras cosas, y, sobre todo, por representar y ejercer la autoridad constitucional otorgada por sus convecinos. Veíamos también la represión del magisterio riojano, materia que por sí sola podría llenar un volumen tan voluminoso como el libro de referencia. Y no sería menor el que merecería recoger las im-



plicaciones de la religión y de la Iglesia católica en la vida y muerte de aquel período. O el estudio, que yo simplemente iniciaba entre aquel paisaje de sacas, muerte y desolación, de los expedientes de responsabilidades políticas, más de mil quinientos en La Rioja. El castigo social y económico tras el furor asesino.

Siempre pensé, y lo sigo haciendo, que estos pequeños capítulos podrían convertirse, lo sugería al hablar del magisterio, en nuevos libros o estudios con los que ojalá quisieran doctorarse, o fajarse, nuestros universitarios e investigadores.

Eso hice yo mismo al transformar el espacio que dedicaba entonces, en *Aquí nunca pasó nada*, a los muertos en el frente, «caídos» mayormente según la jerga aceptada de la época, en un nuevo libro, titulado *Al fin de la batalla y muerto el combatiente* (primer verso del poema «Masa», de César Vallejo). Ese estudio se centraba en una tierra, La Rioja, que había caído en manos de los sublevados para el 21 de julio, lo que significaba, por una parte, que en su territorio no habría frente ni trincheras y, por la otra, que sus soldados —voluntarios o forzosos— engrosarían directamente el ejército sublevado, también llamado «nacional» o franquista. Para luchar y en su caso morir (más de mil quinientos riojanos) en los frentes de batalla de la guerra civil.

Igualmente, en ese libro gordo, el primero, dedicaba algunas páginas al tema de las cárceles y prisiones en la región. El listado más completo que pude manejar entonces («Relación nominal de los detenidos existentes en las diversas cárceles y prisiones habilitadas de esta provincia», de «finales febrero 1937», Archivo Histórico Provincial de La Rioja, AHPLR), arrojaba la cifra de 1.492 presos. Ténganse en cuenta que en esas listas no podíamos encontrar ya a los casi dos mil riojanos que entre julio y diciembre de 1936 ocuparon esas cárceles, las oficiales y las habilitadas en Logroño y en muchos otros pueblos riojanos, antes de que sus cuerpos acabaran llenando zanjas y cunetas, dibujando un cementerio, más que un mapa, de cinco mil kilómetros cuadrados. Y había más listados. Así que, sumando unos y otros, el número de detenidos en las cárceles riojanas en aquellos años, entre represaliados y asesinados, se acerca, y seguramente supera, los cuatro mil.

## DE LO QUE ME DICES...

**R**evisando la forma y el fondo de las cartas que estudiamos, nos encontramos primero con la caligrafía. Hay algunos ejemplos de escritura cuidada, aunque son los menos. En general se pueden leer con relativa facilidad, condición que vamos perdiendo cuando aumentan las faltas de ortografía, para hacerlo casi imposible en los casos en que hasta las palabras utilizadas aparecen rotas y deshilachadas. Todo tiene su lógica. Una parte importante de nuestros protagonistas no han tenido una excesiva instrucción escolar.

«De lo que me dices» es el comienzo de frase más repetido, y la forma más característica de establecer vínculos estrechos entre la carta recibida y la respuesta correspondiente. Otras expresiones igualmente muy utilizadas son las referidas a la salud: «me alegraré que al recibo de estas cuatro letras os encontréis bien como yo por el momento», «deseo al recibo de esta te encuentres bien, yo sin novedad», «salud como yo la tengo a todos os deseo». Y entrañables resultan las despedidas, los saludos y buenos deseos para familiares, amigos y vecinos «y a todo el que por mí pregunte». Especialmente para los hijos, «no les puedo decir más que coman mucho para que se hagan mozos pronto».

Lo primero que las cartas celebran, ansían o reclaman es, justamente, el mismo hecho de escribirlas. De recibirlas, de contestarlas. La paciencia: «que ya llegará el día en que estemos juntos, así que ya sabéis, no hay más que tener paciencia». La esperanza: «ten confianza que todo se arreglará y el que nada ha hecho nada tiene que temer». Las visitas: «ayer cuando estuviste me causó tanta alegría que no acertaba a decirte nada», «solo para decirle que ayer estuvo mi novia a verme y me quedé tonto, no hablé ni una palabra de la alegría que me entró». Es el amor... «y tú Pilarín, majica, qué haces, llorar no llores... a ti te daré un besico cuando vaya».

Muy común es la solicitud de toda clase de objetos, desde el colchón y las sábanas, hasta el peine o jabón: «a ver si el sábado me ba-

## LAS CORRECCIONES

La ortografía es un continuo y delicado rompecabezas, al que nos hemos enfrentado escritores y correctores con entusiasmo, y siempre con mucho respeto. Se han corregido todas las flagrantes faltas de ortografía, incluyendo la unión de las palabras deshilachadas y los acentos, sobre todo de los pronombres personales o adjetivos demostrativos acentuados.

El problema mayor estriba en la propia concepción de la escritura, habitualmente con falta de puntos y mucho más de comas, como podrá verse en muchas de las cartas fotografiadas. Lo corregido aquí ha sido bastante aleatorio: se han añadido algunos puntos y algunas comas, sobre todo cuando parecía casi necesario hacerlo (término y elección no siempre evidente, o sea, discutible en muchas ocasiones). Lo cierto es que muchas veces se ha dejado como estaba, «todo seguido» podríamos decir, dejando patente ese sentido del «continuo», de la escritura continuada que de alguna manera te puede y te conmueve.

En las transcripciones que se muestran, los paréntesis normales señalan alguna indicación del autor-recopilador. Los corchetes, sin embargo, introducen aportaciones, aclaraciones o eliminaciones efectuadas sobre los propios textos: alguna preposición o letra que pueda faltar, pasajes que no hemos podido «traducir», algunas líneas desaparecidas, y cosas por el estilo.

## FUENTES Y AGRADECIMIENTOS

Se indican en cada caso. Fundamentalmente, unas y otros, se las debemos y agradecemos a los familiares de nuestros protagonistas. A los de antes y a los de ahora, que han vuelto a confiarnos el tesoro de sus fotos y de sus cartas. Que, cuando ha sido posible, han sido retratadas por Luis Brox e Imanol Legross (con la ayuda generosa de La Casa de la Imagen). Gracias. Que también hacemos llegar a Tomás Llanos, Emilio Barco y Antonio Moral.

En algunos pasajes carcelarios hemos utilizado el diario inédito de Antonio Cacho, y nuestro libro decano por excelencia, *Las sacas*, de Patricio Escobal. (Al final del libro, añadimos una Bibliografía más completa con los libros citados). Y como se verá, repetidamente, seguimos acudiendo al Archivo Histórico Provincial de La Rioja (quiero señalar expresamente, por su importancia documental, a los diferentes expedientes de responsabilidades políticas consultados). En la persona de Micaela, su directora, agradecemos a toda la gente del AHPLR tanto su buen hacer como su excelente acogida. También hemos consultado otros archivos nacionales y regionales que se citan en cada caso. Así como algunos artículos aparecidos especialmente en el diario *La Rioja* o en la revista *Piedra de Rayo*.

Este libro no hubiera sido posible sin la voluntad y el empeño de nuestros compañeros de la Asociación La Barranca para la preservación de la Memoria Histórica en La Rioja. Seguimos así, y con ellos, un viaje por la memoria que desde nuestra tierra quiere llegar a cualquier otro rincón de España y del mundo entero si fuera posible. Con la maleta llena de un pasado que no olvidamos, y de un futuro que entre todos deberemos construir. Con verdad, justicia y reparación.

Todo este esfuerzo lo ha traducido Pepitas, con su trabajo editorial, en el tremendo y hermoso libro que tenemos en la mano.

Acabo con quienes me acompañan en la firma de este memorial de pasado y, sobre todo, de futuro; de muerte y, sobre todo, de vida; de tristeza y, sobre todo, de esperanza: Carlos Gil, historiador, siempre tan sabio, siempre tan cerca. Y Félix (casi pongo Miguel, en qué

estaría pensando...) Caperos, historiador y compañero en esta lucha continua por la Memoria, que es como decir (ya sé que lo repito), por la verdad, la justicia y la reparación.

EN LOGROÑO, AÑO 2021

**1/ Desde la cárcel, antes de morir**

## ABIZANDA ARMENDÁRIZ, EUGENIO

**V**ecino de Calahorra. 23 años, soltero. Hijo de Vicente y de Mónica. Natural de Melilla. En el oficio de Falange Española de Pamplona, que podemos ver a continuación, se pide a la Guardia Civil de Calahorra informes «de los vecinos de ese pueblo» Plácido Comas Sáez, Eugenio Abizanda Armendáriz y otros, «presos en el fuerte San Cristóbal». De allí lo devolvieron a la cárcel de Logroño, donde entró el día 16 de noviembre para salir a las 0:45 de la madrugada del día 23. Aún podemos comprobarlo en la hoja de la saca: el jefe de la cárcel lo entrega al jefe de escolta de la Guardia Civil Andrés Blázquez. Destino: la Barranca de Lardero.

## LA CARTA

Eugenio no escribe a su familia, sino a María, la madre de Vicente Pérez Pellejero que ha estado preso con él en el fuerte San Cristóbal de Pamplona. Aquella buena mujer quiere saber dónde está su hijo. Y Eugenio, con fecha 18 de octubre de 1936, una hermosa caligrafía y la mejor de sus intenciones, le cuenta lo poco que sabe. Que su hijo ha sido conducido a Logroño y «lo lógico es que nada desagradable le haya sucedido». Eugenio no sabe que Vicente ha sido asesinado hace casi un mes en la Barranca, y que él seguirá su camino a finales de noviembre... Lo peor es que la señora María, al menos cuando pidió información, tampoco lo sabía. (Más adelante veremos las cartas de dos de los hermanos Pérez Pellejero, Emilio y Vicente).

*Pamplona Fuerte San Cristóbal 18-10-36*

*Muy distinguida señora María:*

*Me es grato notificarle que con esta fecha recibo su muy atenta del 12 de octubre y a continuación paso gustosamente a corresponder.*

*Señora María, lamento muy vivamente no poderle complacer en su justo deseo de investigación acerca de su muy querido hijo Vicente, y amigo mío. Es muy poco lo que puedo indicarle y a continuación lo hago.*

*Con fecha 21 al 25 del pasado fueron conducidos en compañía de varios compañeros más, según la orden iban desplazados a Logroño y me he entrevistado [con el] señor jefe de servicios de esta prisión y me comunicó que nada sabía [...] pero que lo más acertado era que Vd. comunicara con la comandancia militar de Logroño donde son factibles las informaciones y desearía que los datos que obtenga me los manifieste o bien se los diga a mi familia para que me transmitan el resultado, pues probablemente ya tendrán ustedes tan anheladas noticias, pues a pesar de todo no deben alarmarse pues lo lógico es que nada desagradable le haya sucedido.*

*Agradezco los recuerdos de sus apreciables hijos y deseo se los devuelva con mis más sinceros afectos.*



Pamplona Fuerte Sr Cristóbal 18-10-35

Muy Distinguida Sr<sup>a</sup> Maria:

Me es grato notificarle que con esta fecha recibo su muy att<sup>a</sup> ltr<sup>a</sup> y a continuación paso gustosamente a corresponder.

Sr<sup>a</sup> Maria lamento muy vivamente no poderle complacer en su justo deseo de investigación acerca de su muy querido hijo Vicente y amigo mio. es muy poco lo que puedo indicarle y a continuación lo hago.

Con fecha 21 a 28 del ppdo fueran conducidos en compañía de varios compañeros mas segun la orden iban desplazados a Logroño y me e entrevistado Sr<sup>o</sup> Jefe de servicio de esta Prisión. y me comunicó que nada sabia ofi pero que los mas acertado hera que V<sup>o</sup> comunicara con la Comandante Militar de Logroño donde son faciles las informaciones. y desearia que los datos que obtenga me los manifieste o bien se los diga a mi familia para que me transmitan el resultado. pues probablemente ya tendran V<sup>os</sup> ton anheladas noticias. pues apesar de todo no deben de alarmarse pues lo logico es que nada desagradable le haya sucedido.

Agradecio los recuerdos de sus apreciables hijos y deseo se los devuelva con mis mas sinceros afectos.

Aprovecho esta oportunidad para despedirme atentamente y ofrecerme incondicionalmente a sus grata ordenes.

Eugenio Alvarado

Alli se me olvidava indicarle que el dia que salieron todos se llevacion su correspondiente equipo. asi que Vicente (su hijo) tambien recogio todo de no habee sido asi yo como sumo gusto le enviaria su ropa.

Esos



## ANTÓN GARCÍA, BRAULIO

**N**acido y vecino de Rodezno. 49 años (26-3-1887). Casado en primeras nupcias con Isabel Ibarrola, un hijo: Vicente. En segundas con Catalina López de Davalillo, un hijo: Victorino. Cartero. Afiliado a Izquierda Republicana. Concejal republicano (ya lo había sido anteriormente, en 1920). Nombrado delegado gubernativo en abril de 1936. Era amigo del cura. Asesinado en Rivas de Tereso, en la carretera de Labastida el 6 de noviembre. Exhumados los restos, descansan en un panteón de San Vicente de la Sonsierra. (En la recuperación de los restos contaron con un pastor, que en su momento los había enterrado, quien les indicaba el lugar, aunque fueron sus nietos Braulio y Felipe, hijos de Victorino, quienes dieron con la fosa. No en vano, allí fueron muchas veces, con Blanca Ramírez, artífice de la exhumación —en 1979— a poner flores a Braulio y a sus once compañeros de Haro, San Asensio y San Vicente de la Sonsierra. En la foto: Braulio con Blanca y los restos exhumados).

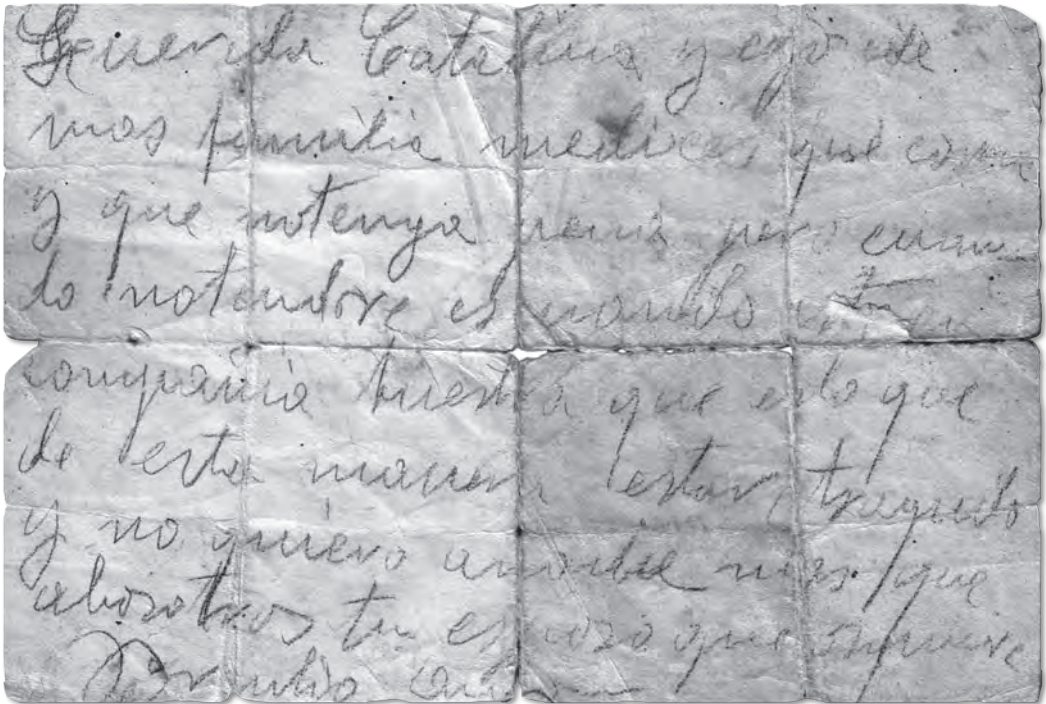


## LA CARTA

Braulio escribe desde la cárcel:

*Querida Catalina, hijo y demás familia, me dices que coma y que no tenga pena pero cuando no tendré es cuando esté en compañía vuestra que es lo que de esta manera estar tranquilo y no quiero a nadie más que a vosotros, tu esposo que os quiere*

*Braulio Antón*



mi querida esposa e hijos. Al recibir esta carta no se desespere en vida o muerte, os nego que perdais si durante nuestro matrimonio os fuerdes a perder en algo. Las circunstancias

de la vida me trajeron a esto, no por haberme hecho acreedor a ello, estar seguro, si no, por malos queires a la familia, y que en mi se cebaron. Con entera re-

injuacion lo respeto, ya que tambien feruicito fui por todos, y pago culpas que tambien habia cometido. Vito, por todos los medios te nego en mi y

no des padecidos a nuestros hijos, lucha hasta que por ellos, como yo en todo momento rates e luchado por la vida, y solo para vosotros. Dales buenos

ejemplos; procurad no dejarlos caer en el vicio, y a nuestros vicio, luego lo que pasa que osos y

de su familia y ti nada e de que os modico es, si, no des nuestros hijos,

tus ancianos padres, que aunque viejos te ayudarian en todo que perdais, Y nada más que hijos me quit

que más quien en el mundo, para mandarme al otro, el de los olvidados para siempre. a Dios en todos, acordad un poco de mi. En estos  
Loyano 12. 9. 36. Espinosa

bien. Yo bien, por la presente. Ya me entero de todo cuanto me dicen de tu situación y veo que siempre siguen con las mismas pero como te decía en la otra que tú mejor que yo puedes saber lo que hacer para tomar una resolución terminante. Ya sabes que no te debes de apurar por nada, que si ellos te tratan de esa manera, tendrás otra casa donde te puedan tratar mejor. También te digo que no te amilanes por nada, que no te dejes dominar por nadie, que sepan tratarte como te mereces y no con el trato que tú me dices que te dan pues creo que no tienen ese derecho sobre ti. De lo que me dices de tu padre, que no te deja ni escribir en casa pues nunca hubiera creído que hubiera hecho lo que hace aunque ya me figuro lo que hará. De la pequeña también me extrañó de que sea así con tanto como la quería y la quiero, pues no obstante para mí son los mismos que siempre, si hoy son así quizá en otros tiempos sean de otra manera. Quizá puedan equivocarse y no se dan cuenta de ello. Ahora que ellos no me interesan la mitad que me intereso por ti, mi amada, que no pasa momento que no me acuerde de ti por el amor tan grande que te he tenido siempre, o mejor dicho, que nos hemos tenido los dos pues no pueden comprender la alegría que me entra al recibir una carta tuya, aunque por otra parte me entra tristeza al recibir la carta y no recibirte a ti porque las alegrías más grandes que he experimentado en mi vida ha sido estando a tu lado pero por ahora nada de eso podemos pensar por estar los dos separados por tiempo indefinido. Así que de lo tuyo tú sabrás qué es lo que tienes que hacer mejor que yo. Si te encuentras mal con ellos ya sabes que sola no te has de encontrar porque tienes mis padres y mis hermanos que no te abandonarán ni en un solo momento. Recuerdos a Ángela y le dirás que me acuerdo mucho de ella, que leí la carta que escribió a su padre y que lo sentí mucho porque comprendí el fondo que tenía. También a la Agustina y a todo el que por mí pregunte. Ya me dirás si está bien tu hermano y si está el otro en casa. Y tú, recibe el corazón de tu amado que no te olvida un momento

Cándido Lasanta





En este lado se escribe solamente la dirección.

¡Viva España!

TARJETA POSTAL

25-12-1936

¡A todas mis sobrietas  
nunca os quedéis olvidadas  
por la menta: lo ocurrido  
y se: día de navidad

¡Mest: as está en la prisión  
os estaré recordando  
y a todas mis sobrietas  
mandando os los recuerdos

¡La que personalmente  
no os quedo saluda:  
os recomiendo en mi nombre  
Paciencia y serenidad  
Para que en el porvenir  
lo podamos disfrutar.

## LA CARTA

La postal que adjuntamos la envía Emiliano desde el Beti-Jai, donde está detenido, a su sobrina Flora Marrodán León el 25 de diciembre de 1936. Por el anverso, vemos el dibujo, que firma Emiliano y la dedicatoria: «Dedicada a mi sobrina F. Marrodán».

Por el reverso tenemos el siguiente texto:

*A todas mis sobrinitas  
nunca os podré olvidar  
por lamentar lo ocurrido  
y ser día de Navidad.*

*Mientras esté en la prisión  
os estaré recordando  
y a todas mis sobrinitas  
recuerdos iré mandando.*

*Ya que personalmente  
no os puedo saludar  
os recomiendo en mi nombre  
paciencia y serenidad.*

*Para que en el porvenir  
lo podamos disfrutar.*

Ver *Aquí nunca pasó nada*, p. 209.

Gracias a la familia de los hermanos León Matute.



## EPÍLOGO

FÉLIX CAPEROS ELOSÚA

*Y cuando llegue el día del último viaje,  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

ANTONIO MACHADO

Sería poco más de la una de la madrugada de aquel 24 de noviembre de 1936. Miguel Caperos y Víctor Andrés Negueruela, escucharon sus nombres al suboficial de guardia y de inmediato entendieron que su final había llegado.

El ruido de los frenos del camión al acercarse a la Cárcel Provincial, como cada noche, había enmudecido a todos los presos. Se anunciaba una nueva saca. Todos, en una tensa espera, albergaban la esperanza de no escuchar vocear sus nombres, pero, para su desgracia, aquella noche retumbaron como el eco de una maza golpeando. En la madrugada, como todas las noches en la cárcel de Logroño, Miguel y Andrés debieron ser conscientes del irremediable destino que les esperaba, mientras el suboficial de guardia proseguía su lenta y sombría lectura y la completaba con tres nombres más, llenando de silencio los muros del penal. Otros cinco condenados a una muerte sin juicio, a los que habría que añadir todavía esa noche los presos recogidos en la Industrial y en el frontón Beti-Jai. Once, serían, finalmente, los conducidos en ese viaje hacia el pelotón de la muerte.

Solo el ruido del motor encendido de aquel camión, que aguardaba una noche más a las puertas del penal su cargamento humano, marcaba los interminables segundos previos. Para los que estaban dentro el tiempo estaba detenido mientras esperaban a la entrada

del pelotón de «camisas azules» con la orden del Gobernador Civil de Logroño, Emilio Bellod, la siniestra mano que había firmado la entrega a «las fuerzas de Asalto» para enviar a aquellos hombres a la muerte.

Ni Miguel ni Víctor Andrés hicieron solos su último viaje. La saca de aquella noche se completó con otros cinco vecinos de Logroño, dos de Fuenmayor, uno de Santo Domingo y otro de Mendavia. Nunca tuvieron la oportunidad de volver a contemplar un amanecer. La dehesa de Barrigüelo, la Barranca, sumaba más cuerpos inertes y más vergüenza. Sus dos zanjas y media no parecían tener final, al borde ya de los 400 asesinados en tan solo algo más de dos meses.

En la cárcel, las pertenencias que dejaban eran escasas, poco más que algo de ropa, alguna camisa y algunos pares de calcetines remendados. En el caso de Miguel destacaba un manojo de cartas, atadas con unas viejas cuerdas y firmadas por Teresa, que nunca le devolvieron a la que sería desde esa noche su viuda y desde el día siguiente una mujer de negro, siempre de negro, hasta su muerte en 1978.

Durante los casi cuatro meses que habían estado presos, su territorio se redujo a los fríos y húmedos muros del fuerte de San Cristóbal y a la cárcel de Logroño, su última estación antes de partir en la nave que nunca había de tornar, tomando prestados los versos del poeta. Escribir cartas fue su única esperanza, y con la escritura de aquellas misivas traspasaron los muros de la cárcel y hasta su propia historia personal. Esas cartas, tanto las enviadas por Miguel como las del resto de presos, recopiladas y puestas a disposición del lector en este libro, son las que nos han permitido a sus familiares mantener viva su memoria.

Escribeme a la tierra, que yo te escribiré.

## LAS CARTAS

No recuerdo en qué momento las encontré o quizá me encontraron ellas a mí. Estaban encima del armario de la abuela, en una carpeta que poco o nada aparentaba por fuera. Allí me esperaban catorce cartas, dos fotografías segadas por la mitad, evitando a uno de los retratados, y un trozo de camisa de cuadros mezclada con la tierra que la había acogido, cual sagrada reliquia de aquella fatídica noche del 24 de noviembre del 36. Se trataba de la misma camisa que atravesaron las balas y que fue entregada a su viuda por la Cruz Roja. Así eran las noches y los amaneceres en el verano y el otoño de 1936, los mismos que pronto dejarían de sentir los firmantes de aquellas cartas.

Al desempolvar y abrir la vieja carpeta, guardada con celo durante décadas por la difunta abuela Teresa, su viuda, toda su vida de negro riguroso, apareció un pequeño tesoro en forma de papel, a trozos ya amarillento, de elegante letra, que invitaba a sumergirse en su lectura, esperando a que alguien le hiciera preguntas.

La lectura de aquellas cartas, firmadas por Miguel, y el tacto con la tela fueron para mí como una revelación. Comenzaba un viaje, lleno de nuevos sentimientos y emociones, para un adolescente que recordaba la figura de su abuela, siempre de negro, pero que poco o nada conocía de la historia que había marcado la vida de su familia. Así empezó todo, con la lectura de aquellas cartas, las preguntas que enseguida empezaron a surgir y la necesidad de conocer las respuestas. Siempre es igual. El proceso no cambia nunca. Asistimos a una necesidad biológica de conocer, de encajar las piezas de nuestra vida, de saber quién somos y cómo hemos llegado hasta aquí. La cascada de preguntas y respuestas ya no se detiene nunca.

Quizá la vivencia personal de los familiares no sirva por sí sola para explicar las razones por las que cobra sentido la publicación de estas misivas. Pero sin duda nuestra experiencia podrá ayudar al lector a comprender lo sucedido. Porque detrás de cada carta contenida en este libro aparece una vida arrebatada y una historia que se nos quiso ocultar.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Aguirre González, Jesús Vicente, *Aquí nunca pasó nada. La Rioja 1936*, Editorial Ochoa, Logroño, 2007.
- Aguirre González, Jesús Vicente, *Aquí nunca pasó nada 2*, Editorial Ochoa, Logroño, 2010.
- Aguirre González, Jesús Vicente, *Al fin de la batalla y muerto el combatiente*, Editorial Ochoa, Logroño, 2014.
- Ana, Marcos, *Decidme cómo es un árbol*, Umbriel editores, Barcelona, 2008.
- Bermejo Martín, Francisco, *100 años de Socialismo en La Rioja*, edición del Partido Socialista de La Rioja, Logroño, 1994.
- Escobal, Patricio P., *Las sacas*. Existen tres ediciones. La primera en Nueva York, 1974; la segunda en Logroño, 1981, y la tercera, que es la que citamos en el libro: Biblioteca del Exilio, Ediciós do Castro, Coruña 2005. Edición de María Teresa González de Garay.
- Galarza, Ramón de, *Diario de un gudari condenado a muerte*, Ediciones Vascas, San Sebastián, 1990.
- Hernández, Miguel, «Carta», en *El hombre acecha* (aparece en numerosas antologías del poeta).
- Machado, Antonio, «Retrato», en *Campos de Castilla* (presente en numerosas ediciones).
- Ruiz Pérez, Jesús, *Posibilismo libertario. Félix Morga, Alcalde de Nájera (1891-1936)*, Ayuntamiento de Nájera, Universidad de La Rioja, Nájera (La Rioja) 2003.
- Salinas, Pedro, «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar», en *El Defensor*, Alianza Editorial, Madrid 2002.
- Talón, Vicente, *Memoria de la Guerra de Euskadi*, tres tomos, Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1988.
- Vallejo, César, «Masa», en *Poemas humanos* (presente en numerosas ediciones).
- VV. AA., *Cómo mueren los vascos; testimonios póstumos de fusilados en Euzkadi por los invasores franquistas (confidencial)*, marzo de 1938, Gobierno Vasco, 2009.